

Prólogo

Londres, 1816

William Dunford bufó de fastidio al ver a sus amigos mirarse amorosamente a los ojos. Lady Arabella Blydon, una de sus mejores amigas esos dos años pasados, acababa de casarse con lord John Blackwood, y en ese momento se estaban mirando como si quisieran devorarse. Una visión asquerosamente bonita.

Dio unos golpecitos en el suelo con el pie y puso en blanco los ojos, a ver si así los inducía a volver a la realidad y apartarse. Los tres, junto con su mejor amigo Alex, duque de Ashbourne, y la mujer de este, Emma, prima de Belle, iban de camino a un baile. El coche había tenido una avería y estaban esperando que trajeran otro.

Se volvió a mirar al oír ruido de ruedas. El coche se detuvo delante de ellos, pero al parecer ni Belle ni John se percataron; de hecho, daban la impresión de estar a punto de abrazarse y hacer el amor ahí mismo. Se hartó del espectáculo.

—¡Yuju! —les gritó, con una voz asquerosamente dulce, caminando hacia ellos—. ¡Jóvenes amantes!

John y Belle dejaron por fin de comerse con los ojos y se volvieron a mirarlo, pestañeando.

—Si sois capaces de dejar de hacer el amor ocular y verbalmente,

podemos ponernos en camino. Por si no lo habéis notado, ya está aquí el otro coche.

John hizo una respiración profunda, algo jadeante.

—Deduzco que el tacto no formaba parte de tu educación.

Dunford sonrió alegremente.

—Claro que no. ¿Nos vamos?

John se volvió hacia Belle y le ofreció el brazo.

—¿Querida?

Belle se cogió de su brazo sonriendo, y cuando pasaron junto a Dunford se volvió hacia él:

—Te mataré por esto.

—Lo intentarás, sin duda.

El quinteto no tardó en instalarse en el coche. Pero pasado un momento, John y Belle nuevamente se estaban mirando amorosos, comiéndose con los ojos. John puso la mano sobre las de ella y le dio unos golpecitos en los dorsos con las yemas de los dedos. Belle emitió un suave maullido de placer.

—¡Vamos, por el amor de Dios! —exclamó Dunford, y miró a Alex y a Emma—. ¿Los veis? Ni siquiera vosotros erais tan nauseabundos.

—Algún día conocerás a la mujer de tus sueños —dijo Belle en voz baja, apuntándolo con un dedo—, y entonces no pararé de fastidiarte.

—No temas, mi querida Arabella. La mujer de mis sueños es tal dechado de virtudes que no es posible que exista.

—Vamos, por favor —bufó Belle—. Apuesto a que dentro de un año estarás casado, bien atado, esposado y encantado.

Diciendo eso se reclinó en el respaldo, sonriendo satisfecha. A su lado, John se estremecía de risa.

Dunford se inclinó hacia ellos, apoyando los codos en las rodillas.

—Acepto esa apuesta. ¿Cuánto estás dispuesta a perder?

—¿Cuánto estás dispuesto a perder tú?

—Parece que te has casado con una jugadora —dijo Emma a John.

—Si lo hubiera sabido, te aseguro que habría considerado con más cuidado mis actos.

Belle le dio un travieso codazo en las costillas a su flamante marido y dirigió a Dunford una fría mirada.

—¿Y bien?

—Mil libras.

—Hecho.

—¿Estás loca? —exclamó John.

—¿He de suponer que sólo los hombres pueden apostar?

—Nadie hace una apuesta tan tonta, Belle —dijo John—. Acabas de hacer una apuesta con el hombre que controla el resultado. Sólo puedes perder.

—No infravalores el poder del amor, querido. Aunque en el caso de Dunford, tal vez baste con el del deseo.

—Me hieres al suponerme incapaz de emociones más elevadas —dijo Dunford, colocándose teatralmente una mano sobre el corazón.

—¿No lo eres?

Dunford cerró la boca, apretando los labios en una delgada línea. ¿Tendría razón Belle? La verdad, no lo sabía. En todo caso, dentro de un año sería mil libras más rico. Dinero fácil.

Capítulo 1

Unos meses después Dunford estaba en su salón tomando el té con Belle. Ella acababa de llegar, había pasado a verlo para conversar; a él lo alegraba esa inesperada visita puesto que desde que ella se casó ya no se veían con mucha frecuencia.

—¿Estás segura de que John no va a irrumpir aquí con una pistola a retarme a duelo? —bromeó.

—Está muy ocupado para entretenerse en ese tipo de tonterías —contestó ella sonriendo.

—¿Muy ocupado para complacerse en su naturaleza posesiva? Qué raro.

Ella se encogió de hombros.

—Se fía de ti y, más importante aún, se fía de mí.

—Un verdadero dechado de virtudes —comentó él, irónico, pensando que no le envidiaba nada la dicha conyugal a su amigo—. ¿Y cómo...?

Sonó un golpe en la puerta. Levantaron la vista y vieron a Whatmough, el imperturbable mayordomo de Dunford, en el umbral.

—Ha venido un abogado, señor.

Dunford arqueó una ceja.

—Un abogado, dices. No logro imaginar a qué viene.

—Insiste mucho en verle, señor.

—Hazlo pasar, entonces —dijo y miró a Belle, encogiéndose de hombros como diciendo «¿qué supones que podría ser esto?»

—Interesante —dijo ella, sonriendo traviesa.

Whatmough hizo pasar al abogado. Era un hombre de estatura media y pareció muy contento al ver a Dunford.

—¡Señor Dunford!

Dunford asintió.

—No sabe cuánto me alegra haberle localizado por fin —dijo el abogado, entusiasmado; miró a Belle, con expresión perpleja—. ¿Y ella es la señora Dunford? Me dijeron que no estaba casado, señor. Oh, esto es raro, muy raro.

—No estoy casado. Ella es lady Blackwood. Es una amiga. ¿Y usted es...?

El abogado sacó un pañuelo y se dio unos golpecitos en la frente con él.

—Ah, perdone, lo siento mucho. Soy Percival Leverett, de Cragmont, Hopkins, Topkins y *Leverett* —recalcó su apellido, inclinándose—. Tengo que darle una noticia muy importante. Muy importante, en efecto.

Dunford hizo un amplio gesto con los brazos.

—Oigámosla, entonces.

Leverett miró hacia Belle y luego a él otra vez.

—¿Tal vez deberíamos hablar en privado? Dado que ella no es pariente.

—Faltaría más. No te importa, ¿verdad? —dijo a Belle.

—Ah, no, de ninguna manera —le aseguró ella, diciéndole con una sonrisa que le tendría listas mil preguntas cuando acabaran la conversación—. Esperaré.

—Por aquí, señor Leverett —dijo entonces Dunford, indicándole una puerta que llevaba a su despacho.

Cuando salieron, Belle observó encantada que la puerta no había quedado bien cerrada. Al instante se levantó y fue a sentarse en el

sillón más cercano a la puerta entreabierta. Alargó el cuello y agudizó los oídos.

Llegó un murmullo de voces.

Más murmullos.

Entonces llegó la voz de Dunford.

—¿Mi primo? ¿Cuál?

La respuesta fue un murmullo.

Más murmullos, le pareció que mencionaban Cornualles.

—¿De qué grado?

¿Octavo? No, no pudo ser «octavo» lo que oyó.

—¿Y me dejó qué?

Belle juntó las manos. ¡Qué maravilloso! Dunford acababa de recibir una herencia inesperada. Era de esperar que fuera algo bueno. Una amiga de ella acababa de heredar sin querer treinta y siete gatos.

Le resultó imposible entender ni una sílaba del resto de la conversación. Pasados unos minutos los dos hombres salieron del despacho y se estrecharon las manos. Leverett metió unos cuantos papeles en su maletín.

—Le haré enviar el resto de los documentos tan pronto como sea posible. Vamos a necesitar su firma, lógicamente —dijo.

—Lógicamente.

Leverett saludó con la cabeza y salió del salón.

—¿Y bien? —preguntó Belle.

Dunford pestañeó varias veces, como si todavía no pudiera creer lo que acababa de oír.

—Parece que he heredado una baronía.

—¡Una baronía! Córcholis, no tendré que llamarte lord Dunford, ¿verdad?

Él puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo fue la última vez que te llamé lady Blackwood?

—No hace ni diez minutos —repuso ella muy fresca—, cuando me presentaste al señor Leverett.

Él fue a sentarse en el sofá, sin esperar que ella se sentara primero.

—Tocado, Belle. Supongo que podrías llamarme lord Stannage.

—Lord Stannage —musitó ella—. Qué distinguido. William Dunford, lord Stannage. —Sonrió traviesa—. Tu nombre es William, ¿verdad?

Dunford emitió un bufido. Era tan rara la vez que lo llamaban por su nombre de pila que se habían inventado un largo chiste que por lo visto ella no recordaba.

—Se lo pregunté a mi madre —contestó finalmente—. Dijo que cree que es William.

—¿Quién se murió? —preguntó ella, escuetamente.

—Siempre a rebosar de tacto y refinamiento, mi querida Arabella.

—Bueno, no puedes lamentar excesivamente la muerte de tu, esto, pariente «lejano», puesto que hasta ahora ni siquiera conocías su existencia.

—Un primo. Un primo de octavo grado, para ser exactos.

—¿Y no lograron encontrar a un pariente más próximo? —preguntó ella, incrédula—. No es que me moleste tu buena suerte, por supuesto, pero sí que es lejano el parentesco.

—Parece que somos una familia de potrillas.

—Bellamente expresado.

—Dejando de lado las metáforas —dijo él, sin hacer caso de la pulla—, ahora estoy en posesión de un título y de una pequeña propiedad en Cornualles.

O sea que ella había oído bien.

—¿Has estado en Cornualles?

—Nunca. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza.

—Me han dicho que es espectacular. Acantilados, olas rompien-tes y todo eso. Muy poco civilizado.

—¿Qué poco civilizado podría ser, Belle? Eso es Inglaterra después de todo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Irás a hacer una visita?

—Supongo que debo. —Se dio unos golpecitos en el muslo con un dedo—. ¿Poco civilizado has dicho? Probablemente me va a encantar.

—Espero que deteste este lugar —dijo Henrietta Barret, hincando con saña los dientes en la manzana—. Espero que lo odie, de verdad.

La señora Simpson, el ama de llaves de Stannage Park, se echó a reír.

—Vamos, vamos, Henry. Eso no es muy caritativo.

—No me siento muy caritativa en este momento. He puesto muchísimo trabajo en Stannage Park.

Le brillaron de tristeza los ojos. Vivía en Cornualles desde que tenía ocho años, cuando sus padres murieron en un accidente de coche, en Manchester, donde vivían, dejándola huérfana y sin un céntimo. Viola, la difunta esposa del recién fallecido barón, era prima de su abuela y la aceptó amablemente en su casa. Ella se enamoró inmediatamente de la propiedad, desde la casa de piedra clara y relucientes ventanas hasta el último inquilino que vivía ahí. Incluso un día los criados la sorprendieron abriantando la plata. «Deseo que todo brille», explicó ella—. «Todo tiene que estar perfecto, porque este lugar es verdaderamente perfecto.»

Y así Cornualles se convirtió en su terruño, más de lo que fuera nunca Manchester. Viola la adoraba, y Carlyle, su marido, se convirtió en una especie de figura paterna distante; él no le dedicaba mucho tiempo, pero siempre le daba una amistosa palmadita en la cabeza cuando ella pasaba junto a él en el corredor. Pero Viola

murió cuando ella tenía catorce años, y Carlyle quedó desolado; se encerró dentro de sí mismo y se desentendió de los detalles de la administración de la propiedad.

Ella se apresuró a intervenir y tomar las riendas. Amaba Stannage Park tanto como cualquiera y tenía ideas muy firmes sobre cómo debía administrarse. Durante los seis últimos años había sido no sólo la señora de la propiedad sino el señor también, y todos la aceptaban como a la persona al mando. Le gustaba muchísimo su vida.

Pero Carlyle había muerto y la propiedad y el título pasaron a un primo lejano de Londres, el que, con toda probabilidad, era un dandi, un petimetre; nunca había estado en Cornualles, según le dijeron, y ella olvidaba convenientemente que tampoco había estado nunca ahí antes de llegar doce años atrás.

—¿Cómo se llama? —preguntó la señora Simpson, con sus capaces manos ocupadas en amasar pan.

—Dunford. Nosecuántos Dunford —contestó Henry, en tono molesto—. No consideraron apropiado informarme de su nombre de pila, aunque supongo que eso no importa, ahora que es lord Stannage. Seguro que va a insistir en que lo llamemos por su título. Los recién llegados a la aristocracia suelen insistir en eso.

—Hablas como si fueras un miembro de la aristocracia, Henry. No vayas a tratar con altivez al caballero.

Henry suspiró y dio otro bocado a la manzana.

—Probablemente él me va a llamar Henrietta.

—Como debe ser. Ya eres muy mayor para que te llamen Henry.

—Tú me llamas Henry.

—Yo ya estoy muy vieja para cambiar. Pero tú no. Y ya es hora de que abandones tu modales de marimacho y te encuentres un marido.

—¿Y hacer qué? ¿Trasladarme a Inglaterra? No deseo marcharme de Cornualles.

La señora Simpson sonrió y se abstuvo de señalarle que en realidad Cornualles era una parte de Inglaterra. Henry era tan leal a la región que no lograba considerarla una parte de un todo mayor.

—Hay caballeros aquí en Cornualles, ¿sabes? —dijo—. Hay unos cuantos en los pueblos cercanos. Podrías casarte con uno de ellos.

Henry emitió un bufido.

—Aquí no hay ningún hombre que se merezca el pan que come, y lo sabes, Simpy. Además, ninguno me querría. No tengo ni un chelín ahora que Stannage Park ha pasado a ese desconocido, y todos piensan que soy una rareza, un adefesio.

—Eso no, de ninguna manera. Todos te respetan.

—Eso lo sé —repuso Henry, poniendo en blanco sus ojos gris plateados—. Me respetan como si fuera un hombre, y eso lo agradezco. Pero ningún hombre desea casarse con otro hombre, ¿sabes?

—Tal vez si llevaras vestidos...

Henry se miró los desgastados pantalones.

—Me pongo vestido cuando es apropiado.

—Me gustaría saber cuándo lo es —bufó la señora Simpson—, porque nunca te he visto con vestido. Ni siquiera en la iglesia.

—Qué suerte para mí que el párroco sea un caballero de criterio amplio.

Simpy la miró sagaz.

—Qué suerte para ti que al párroco le guste tanto el coñac francés que le envías una vez al mes.

Henry hizo como si no hubiera oído.

—Me puse un vestido para el funeral de Carlyle, si lo recuerdas. Y para el baile del condado el año pasado. Y siempre que recibimos huéspedes. Tengo al menos cinco en mi ropero, gracias. Ah, y también me pongo vestido para ir a la ciudad.

—No.

—Bueno, tal vez no para ir a nuestro pequeño pueblo, pero sí me pongo vestido para ir a cualquier otra ciudad. Pero cualquiera estaría de acuerdo en que son muy poco prácticos para andar por el campo supervisando los trabajos de la propiedad.

Por no decir que le quedaban horrorosos, pensó, irónica.

—Bueno, será mejor que te pongas uno para cuando llegue el señor Dunford.

—No soy idiota, Simpy. —Lanzó el corazón de la manzana al cubo de la basura que estaba en el otro extremo de la cocina, acertó en el medio y lanzó un grito de orgullo—. No he fallado un tiro desde hace meses.

La señora Simpson movió la cabeza.

—Ojalá alguien te enseñara a ser una chica.

—Viola lo intentó —contestó Henry alegremente—, y podría haberlo conseguido si hubiera vivido más tiempo, pero la verdad es que me gusto tal como soy.

La mayor parte del tiempo al menos. De vez en cuando veía a una dama refinada con un precioso vestido que le quedaba a la perfección. Esas mujeres no tenían pies en los extremos de las piernas sino patines; prácticamente se deslizaban por el suelo. Y dondequiera que fueran, las seguían un montón de hombres embelesados. Ella contemplaba melancólica estos séquitos, imaginándose que esos hombres suspiraban por ella. Después se reía. No era probable que ese sueño se hiciera realidad. Además, le gustaba muchísimo su vida tal como era, ¿no?

—¿Henry? —dijo la señora Simpson, inclinándose hacia ella—. Henry, te estaba hablando.

Pestañeó y salió de su ensoñación.

—¿Mmm? Ah, perdona. Estaba pensando qué hacer respecto a las vacas. No sé si tenemos suficiente espacio para todas.

—Deberías estar pensando en lo que vas a hacer cuando llegue el señor Dunford. Envié recado de que llegaría esta tarde, ¿no?

—Sí, maldito sea.

—¡Henry!

—Si alguna vez hubo un momento para maldecir es ahora, Simpy. ¿Y si se le ocurre interesarse por Stannage Park? O, peor aún, ¿y si desea tomar el mando?

—Estará en su derecho. Es el propietario, ¿sabes?

—Lo sé, lo sé. Una gran lástima.

La señora Simpson dio forma de barra de pan a la masa y la dejó a un lado para que creciera. Se limpió las manos.

—Tal vez la venda. Si la vendiera a alguien de aquí, no tendrías que preocuparte de nada. Todo el mundo sabe que no hay nadie mejor que tú para administrar Stannage Park.

Henry bajó de un salto de la mesa, se plantó las manos en las caderas y comenzó a pasearse por la cocina.

—No puede venderla. Está vinculada al título. Si no lo estuviera, creo que Carlyle me la habría dejado a mí.

—Ah, bueno, entonces simplemente vas a tener que hacer todo lo posible para llevarte bien con el señor Dunford.

—Ahora es lord Stannage —gimió Henry—. Lord Stannage, dueño de mi hogar y determinante de mi futuro.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que es mi tutor.

La señora Simpson soltó el rodillo.

—¿Qué?

—Soy su pupila.

—Pero..., pero eso es imposible. Ni siquiera lo conoces.

Henry se encogió de hombros.

—Ese es el estilo del mundo, Simpy. Las mujeres no tenemos cerebro, ¿sabes? Necesitamos tutores que nos guíen.

—No puedo creer que no me lo hayas dicho.

—No te lo digo todo.

—Como debe ser —bufó la señora Simpson.

Henry sonrió, cohibida. Era cierto que entre ella y el ama de llave había una amistad más íntima que la que se esperaba.

Distraída, se enrolló en los dedos un mechón de su largo pelo castaño, una de sus pocas concesiones a la vanidad. Habría sido más sensato cortárselo, pero lo tenía abundante y suave, y no soportaba ni la idea de cortárselo. Además, tenía la costumbre de enrollárselo entre los dedos cuando estaba pensando en un problema, que era lo que estaba haciendo en ese momento.

—¡Un momento! —exclamó.

—¿Qué?

—No puede vender la propiedad, pero eso no significa que tenga que vivir aquí.

La señora Simpson entrecerró los ojos.

—No sé si entiendo lo que quieres decir, Henry.

—Simplemente tenemos que conseguir que él no desee vivir aquí, que le tome una rotunda aversión a este lugar. Lo más probable es que eso no sea difícil. Debe de ser uno de esos londinenses blandos. Pero no haría ningún daño hacerlo sentirse ligeramente... esto, incómodo.

—¿Qué diablos estás tramando, Henrietta Barret? ¿Ponerle piedras en la cama al pobre hombre?

—Nada tan vulgar, te lo aseguro —bufó Henry—. Lo trataremos con la mayor amabilidad. Seremos la personificación de la amabilidad, pero nos empeñaremos en hacerle ver que no está hecho para la vida en el campo. Podría aprender a disfrutar del papel de señor ausente. Sobre todo si le envió beneficios trimestrales.

—Creía que reinvertías los beneficios en la propiedad.

—Eso hago, pero tendré que dividirlos por la mitad. Una mitad se la enviaré al nuevo lord Stannage y la otra la reinvertiré aquí. No me va a gustar hacerlo, pero será mejor que tenerlo viviendo aquí.

La señora Simpson movió la cabeza.

—¿Qué es exactamente lo que pretendes hacer?

Henry se enrolló más pelo en el dedo.

—Aún no lo sé. Tendré que pensarlo.

La señora Simpson miró el reloj de pared.

—Será mejor que pienses rápido, porque estará aquí antes de una hora.

Henry se dirigió a la puerta.

—Será mejor que me asee.

—Si no quieres conocerlo oliendo a esa parte del campo —repliqué la señora Simpson—, en lugar de a flores y miel, si entiendes lo que quiero decir.

Henry la obsequió con una descarada sonrisa.

—¿Me haces el favor de enviar a alguien a llenarme la bañera?

La señora Simpson asintió y ella subió corriendo la escalera de atrás.

La señora Simpson tenía razón, pensó, olía bastante mal. Pero claro, ¿qué se podía esperar después de pasar la mañana supervisando la construcción de una nueva porqueriza? Era un trabajo sucio, pero la había alegrado hacerlo, o, mejor dicho, reconoció, supervisarlos. Hundirse hasta las rodillas en barro inmundo no era precisamente algo de su predilección.

Se detuvo bruscamente en un peldaño, con los ojos iluminados. No era de su predilección, pero era justo lo que necesitaba para el flamante lord Stannage. Podría participar más activamente en el trabajo si eso significaba convencer a ese tal Dunford de que eso era lo que hacían todo el tiempo los señores rurales.

Muy entusiasmada, subió corriendo el resto de la escalera y entró en su dormitorio. Tardarían varios minutos en llenar la bañera, así que cogió el cepillo y fue a asomarse a la ventana. Le habían recogido el cabello en una coleta, pero el viento se lo había enredado. Se quitó la cinta; sería más fácil lavárselo desenredado.

Mientras cepillaba sus cabellos contempló los verdes campos que rodeaban la casa. El sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo

de color melocotón. Suspiró de emoción. Nada tenía el poder de conmoverla tanto como esas tierras.

Entonces, como si lo hubieran programado adrede para estropearle el momento perfecto, vio un destello en el horizonte. Buen Dios, ¿no sería...? Era el brillo del cristal de una ventanilla de coche. Maldita sea, sí que llegaba temprano.

—Condenado estúpido —masculló—. Totalmente desconsiderado.

Miró por encima del hombro. Todavía no estaba llena la bañera.

Acercándose más a la ventana miró el coche que ya venía avanzando por el camino de entrada. Era un vehículo muy elegante. El señor Dunford tenía que haber sido un hombre de posibles antes de heredar Stannage Park. O eso o tenía amigos ricos dispuestos a prestarle un vehículo. Sin dejar de cepillarse el pelo continuó mirando desvergonzadamente. Dos lacayos salieron corriendo a descargar los baúles. Sonrió orgullosa; hacía funcionar esa casa como un reloj.

Entonces se abrió la puerta del coche. Sin darse cuenta acercó aún más la cara al cristal de la ventana. Apareció un pie calzado con una bota; una bota bastante fina, masculina, observó, y sabía de botas. Entonces se hizo evidente que esa bota estaba unida a una pierna, una pierna tan masculina como su calzado.

—Ay, Dios —masculló; al parecer el hombre no era un mariquita débil.

Entonces el dueño de la pierna bajó de un salto, y lo vio en su totalidad.

Se le cayó el cepillo.

—Ay, Dios mío.

Era hermoso. No, no hermoso, enmendó, porque eso daría a entender algo afeminado, y ese hombre no tenía absolutamente nada de afeminado. Era alto, con un cuerpo musculoso, firme, y

hombros anchos, de abundante pelo castaño, que llevaba ligeramente más largo de lo que estaba de moda. Y su cara... Debía de estar mirándolo desde una altura considerable, pero veía claramente que su cara era todo lo que debe ser una cara. Los pómulos altos, la nariz recta y fuerte y una boca bellamente modelada, con un cierto sesgo de ironía. Desde ahí no veía el color de sus ojos, pero tuvo la deprimente sensación de que estarían llenos de aguda inteligencia. Además, era mucho, mucho más joven de lo que se había imaginado. Tenía la esperanza de que fuera un cincuentón, pero ese hombre no podía tener más de treinta años.

Emitió un gemido. El asunto iba a ser mucho más difícil de lo que había supuesto. Tendría que ser muy hábil e ingeniosa para engañarle. Suspirando, se agachó a recoger el cepillo y se dirigió hacia la bañera.

Cuando Dunford estaba contemplando discretamente la fachada de su casa recién heredada, llamó su atención un movimiento en una de las ventanas de arriba. El sol se reflejaba en el cristal, pero le pareció que era una chica de pelo largo y castaño. Antes que él pudiera verla mejor, ella se volvió y desapareció. Eso era raro. Ninguna criada estaría ociosa junto a una ventana a esa hora del día, y mucho menos con el cabello suelto. Pensó un momento en quién sería la chica y se apresuró a desechar el pensamiento, ya tendría tiempo de sobra para descubrir su identidad; en ese momento tenía cosas más importantes que atender.

Todos los criados de Stannage Park se habían reunido delante de la casa para que él pasara revista. En total eran veinticuatro, un número pequeño según los criterios de la alta sociedad, pero claro, la propiedad era un hogar bastante modesto para un par del reino. El mayordomo, un hombre delgado llamado Yates, hacía ímprobos esfuerzos por hacer lo más formal posible la presentación.

Intentó complacerlo adoptando una actitud levemente austera; tenía la impresión de que eso era lo que esperaban los criados del nuevo señor de la casa. Le costó reprimir la sonrisa, eso sí, cuando una criada tras otra se inclinó en una reverencia, en su honor. Jamás había esperado tener un título, jamás había esperado poseer tierras propias ni una casa con criados. Su padre era el hijo menor de un hijo menor; a saber cuántos Dunford tuvieron que morir para que él heredara esa baronía.

Cuando la última criada hizo su reverencia y se enderezó, prestó atención al mayordomo.

—Diriges a un personal excelente, Yates, a juzgar por esta presentación.

Yates, que jamás había adquirido la fachada pétrea que era de requisito entre los mayordomos de Londres, se ruborizó de placer.

—Gracias, milord. Nos esforzamos todo lo que podemos, pero es a Henry a quien tenemos que agradecerse.

Dunford arqueó una ceja.

—¿Henry?

Yates tragó saliva. Debería haber dicho señorita Barret; era lo que esperaba el nuevo lord Stannage, siendo de Londres y todo eso. Además, era el nuevo tutor de Henry, ¿no? No hacía diez minutos que la señora Simpson lo había llevado a un lado para susurrarle ese detallito al oído.

—Mmm, Henry es... —se le cortó la voz. Era difícil considerarla algo distinto a «Henry»—. Es decir...

Pero Dunford ya estaba escuchando a la señora Simpson, que le estaba asegurando que llevaba más de veinte años en Stannage Park y lo sabía todo acerca de la propiedad, bueno, al menos acerca de la casa, y que si necesitaba algo...

Dunford pestañeó, intentando concentrarse en las palabras del ama de llaves. Tuvo la vaga impresión de que estaba nerviosa. Tal

vez a eso se debía que estuviera parlotando como..., bueno, como algo. ¿Qué era lo que no sabía él y qué quería decir ella?

Por el rabillo del ojo distinguió movimiento en el establo y dejó vagar la mirada en esa dirección. Esperó un momento. Ah, bueno, tal vez sólo había sido producto de su imaginación. Volvió la atención al ama de llaves, que le estaba diciendo algo acerca de Henry. ¿Quién sería Henry? Estaba a punto de formular la pregunta y habría salido de sus labios si un cerdo gigantesco no hubiera salido corriendo por la puerta entreabierta del establo.

—¡Santo cielo, condenado...!

No pudo terminar la frase; estaba atontado por la ridiculez de la situación. El animal venía corriendo por el césped, más rápido de lo que tenía derecho ningún cerdo. Era una enorme bestia porcina; así era como se lo podía llamar, no era un cerdo común y corriente. No le cabía duda de que alimentaría a la mitad de los miembros de la alta sociedad si se llevaba a un buen carnicero.

El cerdo llegó hasta la reunión de criados; las criadas chillaron y echaron a correr hacia todos lados. Asombrado por el repentino alboroto, el cerdo se detuvo, levantó el hocico y dejó salir un fuerte chillido, y luego otro y otro.

—¡Cállate! —ordenó Dunford.

Percibiendo autoridad, el cerdo no sólo se quedó callado, además se echó en el suelo.

Henry se detuvo a mirar otra vez, impresionada a su pesar. Había bajado corriendo por la escalera de atrás en el instante en que vio salir al cerdo del establo, y llegó al camino de entrada justo cuando el flamante lord Stannage estaba probando su recién adquirida autoridad señorial en el animal.

Echó a correr otra vez, olvidando que no había alcanzado a darse ese baño tan necesitado, olvidando que seguía vestida con ropa de chico; ropa sucia.